

¿EXISTE EL ALTRUISMO?

Ramon ALCOBERRO

Es difícil dudar "de facto" que el altruismo exista. Gente altruista se halla afortunadamente por todos lados. Encontraríamos una multitud de ejemplos acerca de ello. No son raros los maestros de escuela que se comprometen con sus alumnos hasta un nivel que va mucho más allá del hecho de impartir una asignatura. O médicos y enfermeras que actúan heroicamente. De vez en cuando incluso encontramos en el periódico noticias sobre personas que saltan a la vía del tren, poniendo en peligro su propia vida, para salvar a desconocidos. Aunque a veces su ingenuidad nos provoque una sonrisa, ni las personas que ayudan voluntariamente a otros en hospitales, ni quienes dedican su tiempo a un trabajo cívico y desinteresado son gente perversa, rara, alienada o locos de atar.

La existencia del altruismo es un argumento importante para discutir sobre el relativismo: si podemos convenir que el altruismo existe, entonces tendríamos una base para sostener que el relativismo o el egoísmo son tesis erróneas; si hay gente altruista y el altruismo nos hace vivir de una manera más plena, eso puede inducirnos a pensar que hay gente cuya altitud de miras es superior a la de otros y tal vez que ese tipo de actitudes debiera ser promocionado en una buena sociedad.

Sin embargo, como dice la filósofa moral Judith Lichtenberg: «dudar del altruismo es fácil, incluso cuando parece ser tan evidente. Es innegable que en ciertas ocasiones las personas actúan haciendo el bien a otras, pero parece que obtengan con ello alguna cosa a cambio, como mínimo el satisfacer su propio deseo de ayudar a al prójimo». Fácilmente se confunde el altruismo con el sacrificio irracional, en vez de considerarlo como lo que realmente es: una forma de maximizar la ganancia global, incluso al precio de una pérdida individual.

Los argumentos para sostener el altruismo en los últimos años del siglo 20 han girado alrededor del planteamiento evolutivo/genético o del planteamiento economicista/utilitarista. En general se han ofrecido dos argumentaciones para sostener el altruismo:

1.- El argumento evolutivo/ genético: sostiene que habría una razón evolutiva para ser altruistas. Para Richard Dawkins, un individuo se comporta de forma altruista hacia otros si así puede contribuir a su propia reproducción genética. Por decirlo rápidamente: la gente amaría a sus hijos porque llevan sus propios genes (selección parental). Pero el argumento no parece demasiado bueno para explicar por qué nos sacrificamos por personas desconocidas, ni permite diferenciar entre el altruismo de un humano del de un pájaro o una abeja.

2.- El argumento economicista/utilitarista: reivindica que hay una razón de cálculo (altruismo recíproco) en la solidaridad: somos altruistas sólo (o "básicamente" sólo) con aquellos que en uno u otro momento nos podrán responder de igual manera. Así los padres ayudan a sus hijos pequeños porque se supone que en el futuro, en la ancianidad, estos les devolverán la ayuda. Pero el argumento tampoco parece demasiado bueno para explicar por qué nos sacrificamos por desconocidos.

Pero cuando nos planteamos el tema del altruismo no nos interesa saber 'qué' hacen los humanos realmente cuanto 'por qué' lo hacen (es decir, cuáles son sus motivos o razones profundamente personales para obrar). Ahí es donde los defensores del egoísmo han encontrado su mejor argumentación. Quienes niegan

que el altruismo exista lo hacen porque desconfían de los argumentos que nos llevan a obrar de tal modo. La esperanza de un beneficio futuro, el provecho que obtendremos de una mejor reputación, o simplemente la confortable sensación que da el hecho de creernos a nosotros mismos buenos (e incluso 'admirables'), ha sido repetidamente puesta de relieve por los clásicos. Kant, Nietzsche o Freud han denunciado el altruismo como una posición profundamente "interesada", nihilista y perversa. Por lo demás es banal observar que siempre resulta posible "pensar mal" de algo o de alguien y atribuir inclinaciones egoístas y perversas (o incluso inconscientes) al aparentemente más justo de los humanos.

Siguiendo una vez más el artículo de Lichtenberg: «la fascinación psicológica del egoísmo como teoría ética es, en parte, explicable por una cierta humildad o por un cierto escepticismo que las personas manifiestan sobre sus propios motivos o los de los demás. Hay, además, una razón menos atractiva para ello: negar la posibilidad del altruismo puro nos da una excusa cómoda para los comportamientos egoístas. Si "así actúa todo el mundo", si todos deben actuar así, no tenemos ninguna necesidad de sentirnos culpables por nuestra conducta egocéntrica, ni intentar cambiarla.» Por muy altruista que uno crea ser siempre alguien desde fuera podrá creer que en realidad un altruista es tan solo un redomado egoísta.

Pero la teoría que da por supuesto el egoísmo universal tiene una dificultad importante a la hora de justificarse: no es "falsable" por decirlo en términos popperianos. No se puede diseñar ninguna prueba que pueda demostrar a otro que yo no soy egoísta cuando actúo (o creo actuar) por altruismo. Jamás lograré demostrar a alguien que en realidad ("de verdad de la buena") no estoy movido por inclinaciones inconscientes (e incluso sofisticadamente perversas) cuando conscientemente hago algo que es moralmente bueno y hasta contrario a mis intereses primarios. No hay argumento que convenza al egoísta de que el altruista no es más que un redomado perverso o un bobo. Por eso el egoísmo no puede situarse entre las teorías científicas sobre la naturaleza humana.

Popper hacia la mitad del siglo 20 ya explicó que algo no funciona bien desde el punto de vista de la teoría del conocimiento en concepciones del mundo que no se basan en hipótesis «falsables»; no puedo diseñar un experimento que demuestre si están en lo cierto o no. Desde una argumentación popperiana esa es una debilidad fundamental del marxismo y del psicoanálisis. Si niego la lucha de clases, un marxista siempre considerará que lo hago por mi ideología liberal-burguesa. Y si no acepto la existencia del inconsciente, para un freudiano será porque tengo motivaciones inconscientes para hacerlo. Lo mismo sucede con el egoísmo. Si alguien no quiere creer que un médico que abandona una carrera brillante para ayudar a los desfavorecidos en África es altruista, no lo cree y basta.

Pero cuando uno opta por morir para ayudar a los demás, del hecho que eso pueda resultarle incluso satisfactorio no podemos deducir que su conducta sea egoísta. Objetivamente el sacrificio (más o menos heroico) de la propia vida habrá sido útil a los demás. No es necesario que experimentemos ninguna sensación de bienestar por ello. Simplemente si los altruistas obran así es porque creen que al hacerlo realizan algo que "merece la pena" hacer. «La correlación entre "hacer el bien" y "sentirse bien" no es inevitable aunque sea más que una mera contingencia» (Lichtenberg).

Hay gente altruista y feliz sin ser masoquista. Lo sabemos porque la vemos todos los días y el hecho de que sutilmente se "sientan bien" haciendo el bien, no niega (sino al contrario) que con su acción los altruistas aumenten tanto su propio bienestar (emocional, si se quiere) como el de quienes reciben las consecuencias de su acción. De hecho es posible mostrar empíricamente que los individuos y los grupos altruistas son más felices que los egoístas. El posible egoísmo subjetivo de

un altruista no niega para nada que las consecuencias de su acción hagan más feliz la vida de los otros y que, por lo tanto, una actitud altruista deba ser promocionada.

La dificultad para abrazar el altruismo reside en la desconfianza ante la razón que nos lleva a actuar de tal modo. El altruismo para ser considerado una virtud moral debe ser siempre una decisión particular, profundamente personal: si se produce porque nos hace sentir mejor (con nuestra propia conciencia, con nuestros semejantes, etc.), el altruismo es altamente moral. No se podría decir lo mismo de una sociedad que nos "obligase" al altruismo, por ejemplo por razones de índole religiosa o militar, o por imposición de una ideología política. Pero es absurdo considerar el altruismo como una posición necesariamente ascética o autodestructiva: más bien al contrario. Cooperar y sacrificarse por los demás implica un juego en que la balanza se inclina más hacia la ganancia que a la pérdida. La intencionalidad altruista maximiza las posibilidades de supervivencia y la egoísta las disminuye.

El problema de una sociedad relativista es que da por supuesto que todo altruismo es una alienación autodestructiva y enfermiza. Pero eso nos lleva a suponer mucho (mucho y malo) sobre la naturaleza humana.

Referencia:

Judith LICHTENBERG (Georgetown): *Is pure altruism possible?* New York Times, 19 octubre 2010.